

Leyendas

de mi

Pueblo

El Tesoro de la Guápil

No más inicia la segunda mitad del siglo 19 hay un hecho que marca un antes y un después en el desarrollo de las actividades económicas, comerciales y sociales en toda esta región, como lo es la entrada en funcionamiento de la carretera lastreada que comunica hasta Pérez Zeledón. Surgen negocios a la orilla del camino y alrededor los caseríos que dan nacimiento a los pueblos que hoy conocemos. En Hatillo debido a las condiciones topográficas, hay grandes llanuras sembradas en agricultura y pasto para el ganado.

Hay varios empresarios en estas actividades como los Espinoza, Víctor Julio y Gerardo Wilson Bendaña en Palma Quemada. En el territorio entre los dos ríos siembra Tino Orozco, Álvaro Meza, Edgar Barrantes y otros.

Y retomando el tema del título; para vivir la fiebre del oro no hubo que ir muy lejos: Aquí también, vivimos nuestra propia versión; La primera se dio durante la tristemente célebre conquista o colonización. La segunda etapa se dio como a continuación detallo: Atraído por el crecimiento en las actividades agrícolas, llegó procedente de Pérez Zeledón Don Ángel Solís (lagartillo), alquiló unos terrenos en la Guápil y los sembró de papaya y arroz. Como era muy agarrado, él solo hacía gran parte del trabajo para no gastar en peones y pagaba muy poco. Por temporadas contrataba uno o dos lo más. En una ocasión que se encontraba aporcando un papayal, tocó con su pala una piedra, al sacarla notó que no era una sino toda una cama de lajas bien acomodadas a la par.

Con emoción las quitó y empezó a escarbar, ya ha oído hablar de lo que estas piedras significan. Sacó primero una especie de arena fina y suave como la de la playa. Luego una capa de tierra blancuzca como ceniza, posiblemente materia orgánica descompuesta y después como un metro de profundidad ahí estaba: todo un atuendo funerario en oro con gargantilla aretes, pulseras, y diademas, también algunas hachas en piedra y tinajas. Con el corazón acelerado se sentó en el suelo, le temblaban sus delgadas piernas, sintió que iba a desmayar. Nunca ha visto tanta riqueza para él solo. Con la emoción quebrada recogió cuidadosamente todo y lo llevó a su casa sin decir nada a nadie.

Posteriormente ya repuesto de tanta alegría viajó a San José y vendió en secreto su tesoro a dos empresarios. Y como buen buchón y ambicioso Don Ángel volvió al rural pueblo y compró el terreno que alquilaba sin regatear por el precio con la creencia que encontraría más tumbas como la anterior. Cambió su estilo de vida, trajo maquinaria, viaja, ahora sí paga peones. Pero continúa escarbando en silencio.

Al pasar el tiempo y ya cansado de hacer huecos sin resultados positivos, vendió todo al gringo Roy Cleiton y emigró a San Isidro.

Todos los objetos encontrados en la tumba nos indican que aquí fue enterrado un poderoso Cacique indígena. El oro era el distintivo de su rango, ya que tenían la creencia que ese amarillo metal daba sabiduría, protección y poder al portador. Por eso es que en todas las actividades festivas, religiosas o sociales y hasta para recibir una visita, el jefe se hacía adorar con sus aceites y pinturas, y se guindaba todos sus valiosos chécheres. También al morir los llevaban consigo porque creían que continuaría con su rango en la próxima vida.

Y como se supo del tesoro si el hermético descubridor nunca dijo nada? Por el cambio en su estilo de vida la gente empezó a sospechar. Tiempo después cuando Don Ángel ya se había ido, las pocas personas que conocieron del tesoro, porque en algún momento algo vieron, contaron la historia; incluido uno con el que me reuní recientemente y que fue su peón ocasional en ese tiempo.

El descubrimiento de esa dorada tumba marcó el inicio de la fiebre del oro en Hatillo y por todos lados surgieron huaqueros como Álvaro Meza, Gustavo y Nicolás Espinoza, Cándido y Roberto Lorenzano, Adolfo Pereira de Pérez Zeledón y muchos que traían sus conjuros, sus brujos, sus barrenos, sus oraciones y toda clase de babosadas y hasta se habló de pactos con espíritus de caciques. Al poco tiempo tenían al pueblo lleno de huecos como un colador gigante pero nunca encontraron nada semejante al tesoro de la Guápil.

No tan conocido porque fue durante los primeros años del pueblo pero si igual, en cuanto a la magnitud de su valor, existió y está por ahí en algún lugar porque no ha sido descubierto, el tesoro de Villegas. Se dice que éste fue un Nicaragüense que vivió cerca de la playa y a orillas del río. Muy adinerado, discreto y misterioso. Algo ocultaba en su forma de ser. La historia no es clara de cómo había obtenido su fortuna pero se cuentan varias versiones: Que había encontrado un tesoro indígena, que había robado un banco en su país natal y que por eso llegó a estas costas huyendo. Lo que si es cierto es que el señor salía al pequeño caserío a tomar y portaba gran cantidad de dinero con el propósito de conquistar una hija de Juan Salazar y ya Borracho se le soltaba la lengua. Había revelado a su pretendida que todos sus valores los tenía enterrados al pie de un gran árbol de mango el más grande de la zona cercana a la playa. Pero un día el señor desapareció misteriosamente y nunca más se supo de él o de su fortuna porque por más que escarbaran algunos lugareños, nunca encontraron nada.

Al desaparecer físicamente muere también la posibilidad de que revele más sobre

su ubicación. Ahora a más de 100 años, ésta no es más que otra leyenda que perdura y forma parte del folclor de este pueblo. Pero como toda historia nace casi siempre a partir de un hecho real y eso es lo que las hace inmortales. Así que mientras no se aclare su secreto, el gran tesoro de Villegas seguirá ahí resguardado por el espíritu de su dueño y por el tiempo.

Seudónimo: **Andre**